



H.A.  
Murena

TIERRA FIRME



# LA POSICIÓN

Cuentos reunidos

TIERRA FIRME

---

LA POSICIÓN

H. A. MURENA

# LA POSICIÓN

*Cuentos reunidos*

Selección y prólogo  
de Guillermo Piro



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - CHILE - COLOMBIA - ECUADOR - ESPAÑA  
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 2022

---

Murena, H. A.,

La posición : cuentos reunidos / H. A. Murena ;  
compilación de Guillermo Piro. - 1a ed. - Ciudad Autónoma  
de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2022.

201 p. ; 21 × 14 cm. - (Tierra Firme)

ISBN 978-987-719-376-3

1. Narrativa Argentina. 2. Literatura. 3. Literatura  
Argentina. I. Piro, Guillermo, comp. II. Título.

CDD A863

---

### *Distribución mundial*

©heredero de H. A. Murena

D.R. © 2022, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Imagen de tapa: Mehmet Turgut Kirkgoz

Armado de tapa: Juan Balaguer

Diagramación: Hernán Morfese

Corrección: Pilar Piñeyrúa y Juan Manuel Bordón

Edición al cuidado de Yanina Gómez Cernadas

ISBN: 978-987-719-376-3

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier  
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada  
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,  
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

## Índice

<i>Temblor y temor</i> , por Guillermo Piro.....	9
I. <i>Fragmento de los anales secretos</i> .....	15
II. <i>Siete variaciones</i> .....	31
El café.....	33
¿Quiénes somos?.....	36
Caminar y estar sentado.....	41
Un solo cuerpo.....	47
También mi perro.....	53
Los idiotas.....	60
La pérdida del mundo.....	64
III. <i>El centro del Infierno</i> .....	69
Inútil todo.....	71
El sombrero de paja.....	83
El coronel de caballería.....	86
Los amigos.....	96
Lo que no vieron.....	99
El gato.....	106
El fin.....	110
El centro del Infierno.....	114

IV. <i>La posición</i> .....	127
V. <i>Textos de imaginación</i> .....	151
<i>Close-up</i> .....	153
Dónde están todos .....	155
La última cena .....	157
La evolución del trabajo .....	159
Ama y haz lo que quieras.....	162
El dios.....	164
Un gesto de amistad .....	167
VI. <i>Poesía y verdad</i> .....	171
La conversión de Asoka .....	173
Poesía y verdad .....	176
La sierra .....	178
Cra-cra-cra .....	185
La vanidad.....	193
T. R. ....	196
Demonios .....	199
<i>Procedencias</i> .....	201

## *Temblor y temor*

LA OBRA cuentística de H. A. Murena es escueta, pero contra lo que sería esperable fue el propio autor quien se ocupó de reducir aún más la materia sintética de sus ficciones breves. Publicó solo dos libros de cuentos: *El centro del Infierno*, de 1956, y *El coronel de caballería y otros cuentos*, que incluye al anterior, de 1971. Lo relativamente extraño es que en la segunda reunión de relatos dejara afuera una serie de creaciones publicadas con anterioridad en diarios y revistas.

Relativamente extraño porque el autor gozaba de la libertad de esforzarse por darle una segunda vida o someter al olvido, dependiendo de sus gustos, a sus creaciones. El juicio propio no siempre es certero. O tal vez lo sea, y los errados somos nosotros. Pero queda bajo sospecha la decisión de pasar al olvido al menos dos relatos particularmente atractivos —porque todos en cierta medida lo son, por el simple hecho de proceder de su mano—. Nos referimos a “La posición”, el cuento que da título a este volumen, y el temprano “Fragmento de los anales secretos”; el primero aparecido en *La Nación* el 3 de junio de 1962, y el segundo en la revista *Sur*, en noviembre de 1948.

Las razones que llevaron a Murena a pasarlos al olvido quedarán en el misterio (por ahora al menos: tal vez en el futuro la cantera epistolar, que casi siempre termina echando luz sobre tantas dudas, nos permita saber algo sobre las decisiones del escritor).

Pero hay más: Murena también prescinde en su antología de 1971 de una corta serie de relatos breves, aparecidos en distintas revistas. El título de la serie que hoy recogemos, “Siete variaciones”, está inspirado en aquel con que se reunieron algunos en la revista *Papeles de Son Armadans*, dirigida por Camilo José Cela, en abril de 1964: “Tres variaciones”. En la misma época, es decir, en la segunda mitad de 1950, Murena escribió y publicó en *La Nación* (su medio natural, su tribuna habitual) breves ficciones del mismo tenor y extensión. Por “tenor” nos referimos a la cotidianidad, a los hechos fortuitos y a sus habitantes; por “extensión”, a la brevedad y a la concisión.

En “Fragmento de los anales secretos”, relato que inicia este volumen, Murena “materializa” la sentencia sartreana del fútbol como metáfora de la vida. Solo que la anticipa: Jean-Paul Sartre incluirá sus reflexiones sobre el fútbol en *Crisis de la razón dialéctica*, de 1960, y el relato en cuestión está datado en 1948.

La apelación al fútbol sirve a Murena para ilustrar la teoría sobre los grupos y su comportamiento: las relaciones entre los jugadores, esos pequeños equipos estrechos y rigurosos; la indiferenciación del derecho y del deber para cada jugador; el juego de las reciprocidades entre jugadores, y entre espectadores. Y la ley y su rechazo, naturalmente, representada en la figura del referí. Es probable que cuando Murena asegura haber sido testigo de los hechos se esté refiriendo al intento de linchamiento, en 1946, del árbitro Osvaldo Cossio. En aquella ocasión, los enardecidos hinchas de Newell’s Old Boys intentaron asesinarlo luego del partido con San Lorenzo de Almagro, lo que llevó a la Asociación del Fútbol Argentino (AFA) a tomar la decisión salomónica de contratar árbitros británicos, que por aquellos años gozaban de una reputación muy alta y eran considerados los mejores del mundo. El relato comienza como una distopía y concluye como una crónica periodística.

La inclusión de ciertos textos de tinte filosófico obedece a la presunción denunciada oportunamente por el italiano Elio Vittorini acerca del carácter filosófico de ciertas ficciones francesas: “Lo que ellos llaman literatura nosotros lo llamamos filosofía”, habría dicho. Las “Siete variaciones”, por ejemplo, entran perfectamente en esa definición. Aguafuertes, reflexiones mundanas, relatos, filosofía... por momentos Murena adquiere un tono confesional, y desde allí salta a una reflexión general, pero de inmediato conecta todo a algo banal, aplica el razonamiento a algo bajo, rastrero incluso; y súbitamente vuelve a emprender vuelo, o vuelve a hundirse en lo subterráneo del alma, en la ignominia. Una simple caminata nocturna despierta pensamientos; un anciano sentado en un banco de plaza provoca identificaciones y preguntas. Todo se conecta y entrecruza, todo se expone y retroalimenta cuando lo que se pretende es sistematizar una intuición, empuñar la pluma para decir lo que se lleva en el corazón.

Hay una palpable relación entre “La posición” y la novela póstuma *Folisofía*, aparecida en 1976, un año después de la muerte del autor; obra que muchos críticos suelen considerar el último eslabón de la serie “El sueño de la razón”, integrada por “Caína muerte” y “Polispuercón y Epitalámica”, pero que nosotros preferimos considerar como novela independiente, o tal vez el primer eslabón de una serie que el autor no llegó a concretar. De hecho, en su tesis de doctorado, Patricia Esteban García propone que *Folisofía* sería una traducción de “La posición”. La relación entre ambos textos es innegable, y Esteban García lee el parentesco más allá de la filiación producida por la generación de una obra más extensa, percatándose de que la novela gasta una lengua “ruinosa y residual” frente al estilo limpio y conciso del cuento. “La posición” y *Folisofía* signan el antes y el después, el germen y la reelaboración extrema, ya que el procedimiento de la novela excede el mero relato, convirtiéndola en un ejercicio de vanguar-

dia, un experimento extravagante en el que el lunfardo se mezcla con el español arcaizante del Siglo de Oro.

Un pasaje de "También mi perro" alude al sacrificio ordenado por Dios a Abraham, en este caso un consorcio exigiendo que el inquilino se deshaga de su perro. La casa donde el narrador aspira a vivir es "una morada en la que imperan en su completa pureza la luz y el aire de la vida", cuyos "cuartos instan al amor, despiertan solo bellos impulsos", pero en ella "no toleran perros". Dice Murena en un momento:

La suciedad, la miseria, el triste ruido del rodar del mundo, no llegan hasta sus habitaciones; desde sus ventanales puede quien lo quiere contemplar paisajes de suave hermosura, de viva paz, sostenida por una fe sin desmayo, no hostigados por el mal, libres de los delirios del tiempo, todos se sienten más buenos allí, parecidos a inmortales. ¿Qué importancia tiene, ante tal perspectiva, la prohibición respecto a los animales? Ninguna, es cierto. Pero yo... Yo renuncio a vivir en esa casa.

Nuestro Abraham contemporáneo es instado a deshacerse de aquello que ama. El renunciamiento de Murena suscita dos cuestiones inevitables. La primera es si alguien puede alterar el orden moral establecido ordenando un crimen. Y la segunda, si alguien debe obedecer una orden tan cruel y arbitraria. Para Søren Kierkegaard, la fe lleva a creer en lo absurdo, y solo si asumimos esta actitud, si estamos dispuestos a jugar ese juego absurdo, Dios nos concederá su gracia. Como le ocurrió a Abraham, al que Dios detuvo su mano en el último momento cuando estaba a punto de asesinar a su hijo. Para Murena, lo esencial no es que Dios se haya apiadado de Abraham, sino que este estuviera dispuesto a matar a su hijo por mandato divino. Nadie está obligado a acatar una orden injusta, no importa de quien provenga.

Murena creía que los seres humanos son libres y están condenados a elegir. Uno es lo que elige ser, aunque sea en contra de todos. Y ese es el fundamento de su dignidad, lo único a lo que no debería renunciar jamás.

Muchos de estos cuentos fueron publicados y republicados sucesivamente en distintos medios nacionales y extranjeros bajo distintos títulos, con distintos ordenamientos, en distintas agrupaciones. Esto aplica sobre todo para los relatos reunidos aquí en las secciones “Textos de imaginación” y “Poesía y verdad”, que se publicaron también como “Historias entre el sueño y la vigilia” y “Entretenimientos”. El cuento “La fuerza del amor”, aparecido en la revista *Cuadernos* en enero de 1962, recibió el nombre “Ama y haz lo que quieras” cuando pasó a integrar el libro *El coronel de caballería y otros cuentos*, de 1971. En las sucesivas publicaciones los cambios son insignificantes: una errata aquí, una preposición, un sinónimo allá. Lo escrito hoy vale para mañana, vale para siempre. Ese es precisamente el motor de la escritura: si se quiere decir otra cosa, se debe escribir otra cosa.

GUILLERMO PIRO

## I. FRAGMENTO DE LOS ANALES SECRETOS

GRANDES VIENTOS de inquietud azotaban sin indulgencia el planeta: cundían las guerras y el desconcierto y las criaturas humanas huían en vano de nación en nación. Muchos dirigían ya la mirada de desesperación y rapiña hacia otros planetas. Pero tampoco en los otros planetas parecía haber sosiego. Se había comenzado a vislumbrar en los cielos signos temibles: misteriosos objetos sobrevolaban las poblaciones a velocidades meteóricas, como avanzadas; en las noches habían sido observados, entre las nubes, cuerpos desconocidos y sobrecogedores que se dejaban ver un instante, iluminados y silenciosos, para luego desaparecer; y la raza humana tenía el presentimiento de que estaba siendo espiada como una presa.

Entretanto, sobre el orbe de la tierra las ciudades crecían y se multiplicaban como enormes megaterios de piedra y acero. Faltos los hombres cada vez más de dioses, hostigados, débiles, la caravana en éxodo hacia esos refugios, creciente siglo tras siglo, aumentaba ahora con una intensidad cuyo agigantamiento podía ya advertirse cada año.

Y así surgían uno tras otro, amontonándose y ocultándose, edificios siempre más grandes. Quedaban constantemente vestigios del paso de los anteriores pobladores, y en las ciudades más antiguas había ruinas de piedra y vetustas construcciones de madera junto a moles de cemento y metal y a miserables habitáculos de argamasa.

Los estilos en que las viviendas estaban realizadas eran más numerosos que las infinitas lenguas que en ellas se hablaban: había techos franceses de pizarra con innumerables lunetos; fachadas de mármol con frontones y columnas de carácter grecorromano; balcones con herrajes trabajados a la alemana; edificios ingleses de ladrillos desnudos; exteriores cargados de complicadas tracerías moriscas: incontables conjuntos cuya creación había sido presidida por la pobreza y una invención arbitraria y de gusto bajo, y, predominando, prorrumpían los ingentes bloques cúbicos de estilo norteamericano, con los muros perforados casi totalmente por los vanos en fila de las ventanas, blancos y temibles como columbarios.

Desde las más altas construcciones podía apreciarse un panorama nuevo y sorprendente: cada ciudad, con las techumbres negras, verdes y rojas subiendo y bajando, los sombríos cimborrios, las cúpulas de forma caprichosa, los netos y desafiantes planos de granito, los muros manchados, chorreados, la selva de herrajes, cupulines, pararrayos, maderámenes, chimeneas, todo apiñado recortándose contra el horizonte, parecía el cadáver de un formidable monstruo, sorprendido y rematado allí por un gigante, con sus vértebras, sus huesos astillados, su sangre coagulada y su carne vieja, las mandíbulas clavadas en tierra, bajo el sol.

Ante esta visión se sentía en seguida la seguridad de que el que penetrase allí se extraviaría sin remedio. Pero abajo los edificios estaban alineados; había a través de esta maraña granítica una red de caminos, avenidas, diagonales, calles y callejuelas, y la confusión, aparentemente, era menor. Y allí, dentro de ese laberinto, los hombres trotaban en círculo arrastrando una existencia ya aniquiladora.

En los últimos siglos los esclavos de todos los órdenes habían sustentado la ilusión de estar desembarazándose de todas las esclavitudes. Pero las nuevas libertades habían traído consigo esclavitudes más terribles que las antiguas esclavitudes.

Desgraciado ejemplo de ello era el hecho de que muchos de los que antes habían sido alimentados por sus señores eran ahora siervos de la oprimente sombra del hambre. Pero tampoco los poderosos, los supuestos amos, lograban escapar al duro destino. Todos eran esclavos de sus refugios, de sus ciudades.

El movimiento automático, sin fin, de los que trabajaban provocaba una tensión de la que era imposible librarse. Dentro de las incontables y lóbregas cavidades de los monstruos se hallaban todos, esclavos y amos, encadenados por ese lazo, por esa tensión que, como una nube mefítica, tanto envolvía a los que se agitaban, como acompañaba a los encumbrados a los escondrijos de la lujuria y la perversión, e iba a buscar a los pozos de la soledad y el hastío a los que pretendían alejarse. Estos miasmas que se levantaban desde las ciudades, que las inundaban y se extendían después sobre el mundo íntegro, eran en verdad los olores del sudor de la esclavitud. Con mayor precisión: los olores que se desprendían de una turba de esclavos cuyos cuerpos hubieran sido desgarrados cruelmente por el castigo, y que, insensibles al dolor, habituados a esas heridas que han acabado por convertirse en alimento de los morbos, corrieran por las calles entregados al trabajo, expandiendo el contagio como masas vivas de putrefacción.

Tal era la vida en las ciudades. Una costumbre de muerte. Ese veneno impalpable se filtraba por todas las grietas de los seres; entraba por la boca con el aire que se respiraba, destilaba a través de la epidermis sobre el sexo y el cerebro, y se colaba por todas las fisuras por donde salen los vahos de la existencia: la alegría, el odio, la esperanza, el miedo, el amor y el dolor. Era como estar sometido a una luz o a un sonido atroz hasta la muerte, y por eso surgían nuevas enfermedades, sutiles y tremendas, que no alteraban los cuerpos pero que comían despiadadamente, y por eso durante las noches se incubaban en las ergástulas muchos sueños de destrucción, en apariencia

injustificados. A veces, cuando sobre una ciudad se precipitaba una de esas tormentas que, como un castigo de la naturaleza, lo interrumpe todo, desde sus refugios los habitantes contemplaban las cúpulas y los pináculos mudos, y, al verlos impasibles bajo lo terrible, recogían la sensación, quizá sin tener conciencia de ella, de que la eternidad de lo opresor y lo brutal era uno de los atributos del monstruo. Pese a ello, el olor de las ciudades que, atenuado, llegaba a los campos y flotaba sobre los villorrios y las aldeas, resultaba para los aún libres y fuertes más seductor que el sueño o la embriaguez. Y así veía el sol en su revolución anual a millares de campesinos que marchaban a arrodillarse ante los nuevos dioses, a arrojarse en sus bocas indiferentes, insaciables. Y así los enormes megaterios de piedra seguían creciendo, devorando.

Desde hacía un par de siglos se difundía por el planeta una alegoría que encerraba un vaticinio siniestro: “El hombre creó a Máquino, y una noche Máquino devoró al hombre”. Todos conocían esta alegoría, y en su acorralamiento habían concebido que la fuerza era lo único capaz de vencer a Máquino. Y los más sagaces directores contribuían tenazmente a que la sangre y los músculos poderosos fueran tomados como camino de salvación, el único por el que podía escaparse al destino presagiado por la alegoría. Y por ello se pensaba cada vez con mayor esperanza en el desatamiento físico, en el vigor restallante levantándose de las hondonadas.

Pero Máquino, ay, ese Máquino que no era más que una nueva aparición del fantasma de muerte que el hombre lleva en sí, acosaba, y la confusión era grande y ya no había tiempo ni posibilidades para que cada uno pudiese conquistar su supuesta redención. Y así acontecía que todos se exaltaban cuando en los días festivos se celebraba en las ciudades el simulacro de lo perdido. Impulsados por un sino funesto a destruir a sus dioses para conquistar una libertad engañosa, esclavizados y castigados

en lo hondo por Máquino, su orgullosa creación. Iban allí, como a un teatro en el que se puede contemplar el pasado, a ver de nuevo a los poderosos y libres en la lucha regida por dioses simulados. Iban a ver todo lo que habían destruido.

En las ciudades, en la zona miserable de los suburbios y también en lugares centrales, se hallaban enclavados enormes estadios, capaces de contener decenas de millares de espectadores. Los había de dos tipos: de liza circular y de liza rectangular. En los primeros tenían lugar los certámenes de la velocidad, las carreras con caballos. Allí, estos seres que durante los días de trabajo intentaban despojarse entre sí, ocultamente, llenos de temor a las penalidades por ellos mismos establecidas, en los días de descanso, apoyándose en el cálculo de las virtudes de los caballos y de los jinetes y en el conocimiento de las maquinaciones que se urdían, hacían apuestas y, gracias a pequeñas superioridades en la apreciación, se quitaban pequeñas sumas de dinero. ¿Qué importaba que el cerebro, lo que calcula, maldijera siempre por la pérdida o por lo ínfimo del aprovechamiento, si, entre las nubes de arena que de la pista levantaban los caballos al pasar humeantes por el sudor, el cuerpo de esos seres pálidos hacía el gesto con que se expresa la sangre, ese gesto que la sangre había hecho ya muchas veces en los siglos, ese gesto del poder libre con que se toma el botín, hecho quizás en un navío enemigo o en un campamento conquistado, ese gesto que era lo único capaz de calmar la destructora nostalgia provocada por su recuerdo?

Pero los estadios de liza rectangular eran los que recibían las olas más altas y agitadas de esa turba libre un día cada seis, porque en ellos se realizaban las disputas de la destreza, las luchas de hombres contra hombres, que arrastraban con mayor facilidad a las imaginaciones duras.

Como durante la semana trabajaban encerrados, alumbrándose con luces artificiales y midiendo el tiempo con complicados

aparatos, eran otros seres, distintos de los demás días a causa de una leve locura producida por la luz del sol, los que llenaban las galerías de los anfiteatros con sus cuerpos pataleantes, su olor áspero y su acre grita.

A poco de transponer el sol el cenit, aparecían en la cuenca cubierta de césped los dos bandos de once atletas cada uno. Vestimentas de colores diferentes distinguían a los rivales entre sí. Junto con ellos salía también un hombre con indumentaria blanca. Era el juez que regía la lucha, el árbitro cuya palabra debía ser respetada. A un gesto suyo los equipos se distribuían sobre el césped, uno frente a otro, en formación de combate. Y luego, liberados por el sonido de un silbato, esos cuerpos que a veces resultaban monstruosos por su desarrollo excesivo, esos crecimientos de músculos rigurosamente enseñados comenzaban a disputarse una pelota de cuero con el objeto de introducirla en una zona del campo enemigo. Entonces se iniciaban los prodigiosos juegos de las piernas, la fiebre del movimiento del pequeño objeto esférico, el bello e inquietante sincronismo entre el atleta que arrojaba la pelota y el que la recibía con diestra precisión, en medio de lo cual a veces se oía, en un casual momento de silencio absoluto, el seco ruido de un hueso al quebrarse. Y entonces desde las graderías rompían a rodar las pasiones crispadas, las imaginaciones de fuerza de los insultos, los frustrados deseos semanales, y la multitud de los partidarios sugería pronto la imagen de un viejo decrepito que se exaspera en sus vanos esfuerzos por poseer a una adolescente.

La Argentina, enorme país postrado en el sur del mundo, se había hecho famosa por sus torneos en la liza rectangular. Sus equipos de atletas habían asombrado a la época, y ello no era producto de un milagro, sino de tenaces esfuerzos, de una honda dedicación, de un extendido apoyo popular. El total de sus millones de habitantes participaba de las vicisitudes del concurso anual mayor en que se trababan los quince conjuntos

de jugadores más destacados y de las de los incontables de categoría menor que se organizaban. Esta actividad era de suma importancia. Pesaba mucho en la política, y los gobernantes, astutamente, se preocupaban por fomentarla; dividía a las multitudes en enconadas facciones, y en la capital, que era donde se celebraban las competiciones más valoradas, convertida en murmullos, en alaridos y en rifas sangrientas, cubría durante todo el tiempo a todos.

La capital se hallaba esclavizada por el comercio junto a un ancho río. Y ese río, parecido, como la llanura inmensa que tenía atrás, a una eternidad cruel para la vida, día tras día y año tras año le infligía su silencio y su quietud como una lección de espanto, como el horrible magnetismo de lo incomunicable: era como la presencia de una esfinge que nada hace pero que todo lo modifica. Y la ciudad no quería pagar y se arrastraba pegada a la tierra, pugnando por huir. Pero era en vano; achatándose más y más hacia los cuatro puntos cardinales acababa por sucumbir en la fuga, acababa por disolverse, por transformarse en suciedad, en miseria, en latas retorcidas semiocultas entre hierbas comidas por el hollín, en quejidos de trenes y de sirenas de barcos. Solo los enormes estadios, con conmovedor simbolismo, lograban escapar y levantar más allá, cerca de las indeseables barracas, sus armaduras imponentes.

En medio de las elevadas paredes de cemento de uno de ellos se libraba aquella tarde la lucha entre los dos equipos que ocupaban los puestos más codiciados en el certamen, cuyo fin se vería decidido por esa jornada.

Cien mil espectadores se apiñaban en las graderías, más excitados que nunca a causa del particular sentido del combate. Habían comenzado a acudir desde temprano, y como al mediodía, por prudencia, se había considerado conveniente cerrar las puertas de acceso, estas habían sido destrozadas por una multitud exacerbada que no había vacilado en golpear y pisotear a todos

los policías que había hallado a su paso. Era el día de vida y conquistaban por cualquier medio sus libertades. Y allí estaban ahora los partidarios de ambos bandos, dispuestos en semicírculo, frente a frente. Sobre las gradas más altas se levantaban largos mástiles de los que pendían, a la derecha, las banderas azules de uno de los competidores y, a la izquierda, las rojas del otro. Y abajo los millares de partidarios se ondulaban amenazadoramente, fundidos en dos masas únicas de vociferación. Olvidados del sexo, del dinero y del orgullo, se mezclaban y hablaban entre sí trabajadores de aliento alcohólico, mujeres que estiraban los dedos crispados hacia la cuenca, obesos hombres de riqueza, seres de aspecto indescriptible que parecían haber nacido espontánea y violentamente de la miseria que rodeaba el estadio, macilentos oficinistas cuyas figuras se veían desmentidas por los insultos que lanzaban, vehementes italianos, españoles enconados, turcos velludos y semitas olvidados de su raza. Todos hablaban el dialecto del país, que la indolencia y la confusión habían creado, deformando un noble idioma, pero la ira y el entusiasmo hacían que con frecuencia se oyeran frases en idiomas extranjeros.

El primer período de lucha había transcurrido y hacía ya diez minutos que se desarrollaba el segundo. Los rojos habían sido vencidos dos veces, y el ambiente de violencia era mayor que nunca. El juego había evolucionado con brusquedad y ritmo inusitadamente veloz, y a causa de ello tres atletas habían resultado lesionados. Asimismo, debido a la excesiva rapidez con que se sucedían las acciones, en dos oportunidades se habían producido enconadas reyertas entre los integrantes de ambos equipos, que se acusaban recíprocamente de haber violado las leyes del juego. Ello había enardecido aún más a los espectadores, y durante el intervalo, en la zona de las alambradas que separaban a las dos facciones, numerosos heridos habían requerido la atención de los servicios de auxilio. Se gritaban unos a otros, y por sobre las cabezas se agitaban los

puños, palos y botellas. En las caras congestionadas había unos ojos nuevos que recibirían con regocijado brillo el espectáculo de la mutilación o la muerte.

El juez había comprendido. Él era el dios creado para presidir las disputas, el que con la ley conjuraba el caos y la injusticia al borde de la liza. Y había comprendido que tendría que ser más estricto que nunca. Sentía que nada le sería perdonado. Varias veces, sin ninguna razón, había oído destrozarse a sus espaldas botellas arrojadas desde las tribunas; sus vestiduras estaban manchadas por los frutos que se habían convertido en papilla al chocar contra él; a la menor demora en aplicar una sanción se sentía acibillado por la quemante rechifla de los perjudicados.

Los rojos habían vuelto del descanso con el vigor que infunde la visión de la derrota. Pero los azules habían decidido limitarse a la defensa, y casi se negaban a la lucha en su resolución de evitar riesgos.

En las tribunas azules no había gritos: solo circulaba por ellas el rumor de la temerosa expectativa. En cambio, la facción perdedora oscilaba entre un concentrado silencio, roto por los insultos hirientes con que algunos intentaban sacar a los jugadores rivales de su posición, y el clamor que cualquier vislumbre de triunfo arrancaba al entusiasmo demasiado fácil.

No obstante, las embestidas continuadas comenzaban a debilitar las defensas de los azules. Y en todo el estadio la atención había reemplazado a la gritería.

Otra vez delantera roja pelota entre sí ya frente valla remata pero saca arquero azul y hasta línea media pero nuevo avance rojo azul detiene pelota afuera saca rojo amontonamiento peligro valla azul...

Y la tribuna roja estalla en un solo alarido de triunfo. Se abrazan entre sí. Saltan. Gritan. Arrojan objetos a la cuenca. Se golpean.

El juego se reanuda y los atletas rojos inmediatamente inician acometidas cada vez más ardorosas. Atacan en orden, atacan sin perder coherencia, atacan estimulados por la poderosa corriente que desciende de las graderías, atacan, atacan, atacan.

En el equipo azul se observa un creciente desconcierto. La mayoría se mantiene en la defensiva, pero algunos, perdiendo el control, intentan pasar al ataque. Y en las líneas se producen peligrosos claros.

Saca rojo pero azules despojan y avanzan valla roja azul cae y rojo toma atraviesa brecha pasa bien situado acuden patean...

Y nuevamente explota el júbilo inhumano en las tribunas rojas. Algunos, en el paroxismo de la alegría, tiran sus sombreros y chaquetas al suelo y saltan sobre ellos. En esto, en las tribunas rojas comienzan a corear el nombre de su equipo y, adelantándose, le agregan el título de campeón del torneo. La facción azul, enfurecida, responde con persistentes silbidos y gritos. En las gradas más elevadas, destacados contra el cielo, se ven algunos que se pegan con violencia con el antebrazo derecho sobre el brazo izquierdo, a la altura del codo, de manera tal que el antebrazo izquierdo se levante súbitamente, y con ira repiten el gesto obsceno hacia las tribunas rojas.

El sol, muy cerca ya del horizonte, es una bola siniestra, de un púrpura estriado con negro, que parece estar colgada del cielo chato y próximo como un opresor techo de plomo. La luz disminuye y el juez a veces tiene que correr para no perder ninguna alternativa.

Los azules han cambiado de táctica pasando al ataque, y los rojos oponen cada vez mayor violencia y arrojo a la violencia y el arrojo de sus adversarios. Todos son presa del balanceo de la incertidumbre. Parece por momentos que el triunfo ya no tiene ninguna relación con los esfuerzos. Y cada jugada arranca

de las tribunas, alternadamente, quejas compactas, murmullos concertados y ascendentes, muy similares a las plegarias, y gritos de júbilo efímero que se elevan estallando como cohetes para apagarse rápidamente.

Faltan escasos minutos para que el juego finalice. Los azules llevan a cabo una embestida y consiguen penetrar profundamente en el campo contrario. La situación está llena de peligro para los rojos. Varios atletas del equipo rojo se aproximan hacia el jugador azul que avanza con la pelota. Se produce un violento amontonamiento de jugadores. Un rojo cae a los pies del que tiene la pelota. El azul es despojado. Un rojo es dueño ahora de la esfera de cuero y con un violento puntapié la envía fuera del campo. El juez hace sonar el silbato. Los jugadores azules corren hacia él gritando y levantando los brazos. La tribuna azul tiembla a causa del pataleo y de los gritos de protesta. El jugador rojo se ha valido de las manos para despojar de la pelota al azul, y ello tiene una pena muy grave que los dañados exigen que se cumpla. Por su parte los rojos niegan que haya ocurrido tal cosa. Y responden al tumulto de los adversarios con gritos y amenazas aún más violentos. El juez vacila un instante. Pero en seguida ordena que se cumpla la pena. Los rojos intentan resistirse. En su tribuna la facción roja se lanza con tremendo ímpetu contra las alambradas, y apenas puede ser contenida por los policías que arrojan los caballos contra ella. En esto todos se detienen porque la pena va a ser ejecutada. Apenas acaba de hacerse silencio cuando se oye el seco sonido de la pelota al ser golpeada, y sobre este ruido cae el alarido de victoria y alivio de las graderías azules. El juez hace sonar el silbato dos veces: la disputa ha concluido y los azules son los vencedores.

Pero en la tribuna roja comienzan a sucederse las avalanchas cada vez más poderosas contra las alambradas. Los atletas rojos abandonan la cuenca introduciéndose en el túnel. Las alambradas caen. Se oyen los chasquidos de las butacas de madera que

son reducidas a astillas. Bajo una lluvia de proyectiles, los azules se escurren hasta la boca del subterráneo. Queda el juez en la liza. Y él es la víctima que buscan.

Por un instante la turba es contenida por la policía que precipita sobre ella los caballos espantados, estremecidos, dispara las armas de fuego y descarga sablazos mortales. Pero de pronto es una fuerza prehistórica la que irrumpe, y todo se ve arrastrado. Una multitud de seres sin nombre, cubiertos de guiñapos, penetran en la cuenca armados con hierros y palos. Los policías desaparecen bajo los pies. Los que están a caballo caen desmontados. Las bestias relinchan, levantan las patas delanteras por sobre el mar de caras monstruosas, y después, arrastradas ellas también, siguen la dirección de la corriente.

El juez, detenido en el centro de la liza, los mira. Tuerce la cabeza hacia la entrada del túnel para calcular la distancia que lo separa de ella, y comprende que ya no podrá llegar. Duda un instante, sin saber qué actitud adoptar. Los primeros ya se echan a correr hacia él. Entonces huye. Hacia cualquier parte, como un ciervo cogido en la trampa del bosque, despavorido, como un cristiano ante los leones. Entre los muros de cemento, bajo la aciaga luz de un sol sangriento, no sabe quiénes son esos seres surgidos de la lejana noche de los tiempos que lo persiguen. Y va de una parte a otra hasta que se decide a trepar la alambrada del sector de los azules. Estos tampoco habían abandonado el anfiteatro porque el espectáculo de la caza los atraía. Pero no están dispuestos a ayudarlo. Ante la ola temible, desconocida, se retiran velozmente. Alguien lo toma por un pie antes que acabe de pasar al otro lado. Pero logra zafarse, y se echa a correr por las gradas. Al llegar a la última ya está cercado. Una botella se estrella contra su cabeza, y de la cara empieza a manarle sangre. Después todos se precipitan contra él y desaparece. Golpes con los pies, que hacen lanzar exclamaciones de esfuerzo a los que los propinan, garrotes que bajan y suben manchados de

sangre, brillar de objetos metálicos. Cuando lo alzan, su piel casi totalmente roja es una bolsa en la que bailotean los huesos rotos. Pero aún respira.

—Te vamos a colgar para que aprendas.

Y la misma boca le escupe. La cuerda, el lazo, ya están preparados. Pero, de mano en mano, tarda en llegar. Y al fin las manos temblorosas por la furia y el miedo le ponen el lazo en la garganta. Lo suben a un cajón. Pasan la cuerda por el travesaño de una viga que se levanta sobre la pared de cemento y la atan. Patean el cajón. Le arrancan los pantalones, le escupen, le golpean. Huyen. Huyen. Ah, y el dios creado por ellos es una masa roja que se balancea con la larga lengua negra pendiendo.

Yo fui testigo de esas escenas junto a la ciudad. Y ellos huyeron hacia el laberinto de piedra para reanudar al otro día el trote circular, al parecer perpetuo, irredimible.

*La posición. Cuentos reunidos*, de H. A. Murena, se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2022 en los Talleres Gráficos Nuevo Offset, Viel 1444, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. La tirada fue de 2.500 ejemplares.

La obra cuentística de H. A. Murena es escueta: publicó *El centro del Infierno* en 1956, y *El coronel de caballería*, que incluye al anterior, en 1971. Sin embargo, contra lo que sería esperable, fue el propio autor quien se ocupó de reducir aún más la materia sintética de sus ficciones breves. Y fue él también quien tomó una decisión relativamente extraña, pues en la segunda reunión de relatos dejó afuera una serie de creaciones publicadas con anterioridad en diarios y revistas. Las razones que llevaron a Murena a pasarlas al olvido quedarán en el misterio.

*La posición* reúne los cuentos de Murena, en los que despliega una gran diversidad de géneros: desde aguafuertes y reflexiones mundanas, hasta textos filosóficos y relatos que en apariencia, solo en apariencia, se presentan clásicos. Por momentos, Murena adquiere un tono confesional, y desde allí salta a una reflexión general, pero de inmediato conecta todo a algo banal, aplica el razonamiento a algo bajo, rastroso incluso, y súbitamente vuelve a emprender vuelo, o a hundirse en lo subterráneo del alma, en la ignominia. Una simple caminata nocturna despierta pensamientos; un anciano sentado en un banco de plaza provoca identificaciones y preguntas. Todo se conecta y entrecruza, todo se expone y retroalimenta cuando lo que se pretende es sistematizar una intuición, empuñar la pluma para decir lo que se lleva en el corazón.

GUILLERMO PIRO

